

COMPARTIENDO FELIZ VIDA

No estamos solo en este confinamiento. Eso cavilaba Oscar cuando decidió levantarse de la cama. Se aseó y fue hacia la cocina para prepararse un café. Luego pudo observar cómo la vida seguía su ritmo..., las plantas le miraban agradecidas y el aire en el balcón era una caricia en su piel; también vio a algunos vecinos que entretenían su tiempo en limpiar cristales o simplemente en dar de comer a los pajarillos en la jaula. Su trino, otro regalo gratis. Estaba contento porque se dio cuenta, de que muchos seres en el mundo, animados e inanimados, compartían vida.

Se puso a realizar sus rutinas, esas que nos parecen tediosas a menudo. Él las gestionó como otra forma de pasar el rato: la cama era un pequeño barco a la deriva, se había bajado de él, para colocar bien las velas. El plumero fue un avestruz volando por entre los árboles. La mopa, una serpiente que arrastraba en su deslizamiento lo que veía. La fregona, levantándola para ver bien su melena, le recordaba a Tina Turner; se puso a cantar con ella... Así fue pasando la mañana y enseguida llegó la hora de la comida. Su ensalada de puerros con tomate y una merluza con gambas, le esperaban. Sentándose con parsimonia, fue disfrutando de los manjares a los que pocas veces les había dado importancia, iba a la tienda y los tenía siempre a mano, nunca se preocupó de quien los hacía llegar a su mesa.

Después de la lectura y una pequeña siesta, comenzó sus paseos de tarde por la casa, así como la tabla de ejercicios aeróbicos y el baile con una alegre coreografía, que le animaban a seguir adelante. Cuando hubo terminado, miró por la ventana y le extrañó no ver a Matilde, su vecina de enfrente. Cogiendo el móvil la llamó, pero nadie contestaba. ¿Estaría enferma? No tenía familia y él solía llevarle la compra, charlaba un poco con ella, o la sacaba a pasear. Le había dejado bastante comida para unos días. Porque ahora todo era distinto, debían de estar cada uno en su casa, por el estado de alarma. Un virus era el responsable de su confinamiento. Volvió a insistir, nada.

Matilde le dejó cierto día unas llaves de su casa, así que poniéndose la mascarilla y los guantes, pasó a ver qué le ocurría. Primero pulsó el timbre, por si acaso solo se había quedado sin batería en el móvil. Al no obtener respuesta entró. Todo estaba en penumbra, dio la luz de la entrada y fue inspeccionando cada cuarto de la casa, hasta llegar a su habitación. Encontró a Matilde tumbada en la cama, temblando de frío y con un color que asustaba. Iba a llamar al servicio de emergencias, cuando una mano helada se posó en la suya. Con un gesto y a media voz le dijo que colgara, que estaba bien, solo quería un poco de agua y comer alguna cosita templada. Matilde era así, no le gustaba preocupar a nadie. Le contó que se le había estropeado la calefacción y que le daba miedo levantarse por si se enfriaba; solo salía al baño que estaba justo al lado de su habitación.

Oscar, cogiendo a Matilde en brazos y tapándola con una manta, se la llevó a su casa. Ella le miró agradecida. Preparó un baño caliente y luego acostándole en una cama, se fue a la cocina. Sopa de pollo, pescado hervido, zumo de naranja y un flan, fueron los manjares que le ofreció para cenar juntos. Matilde comió un poco de cada cosa, pero el color iba volviendo a sus mejillas. Pasaron un buen rato hablando, a cierta distancia, de la situación actual y de qué pasaría cuando todo esto acabase. Oscar observó los ojos de la vecina que se cerraban cansados. Limpiándole un poco la boca y arropándola, dejó que descansara. Lo que más añoraba de esa situación era, no poder dar abrazos y besos.

Al día siguiente fue a ver cómo había dormido Matilde. La vio paseando por la habitación y susurrando una canción de cuna. Oscar se quedó un poco en el resquicio de la puerta para observar esa bella estampa. Ella se sintió observada y volviéndose, le dijo:

- ¡Buenos días!

Oscar contestó lo mismo, entusiasmado, para él eran muy buenos días. Había estado parte de la noche rumiando, cómo decírselo.

- Matilde ¿Puedo hacerle una sugerencia?

Ella le miró con cara de asombro, pero instándole con un gesto de la cabeza a seguir.

- ¿Quisiera ser mi abuela adoptiva? Yo también vivo solo y no he conocido a ninguno de mis abuelos. Pienso que los dos podemos hacernos compañía.

La vecina no contestó al momento. Le gustaba sopesar los pros y contras en todos los asuntos. Oscar se estaba poniendo nervioso, igual fue un poco precipitado.

- Me encantaría que fueses mi nieto adoptivo, pero no sé si sabes dónde te metes. Soy muy mayor y tengo mis rarezas, como... que me abracés y me des un beso cada noche, cuando todo esto pase.

Oscar no cabía en sí de gozo. Le lanzó un beso con la mano.

Matilde no le contó, que para ella era un vivo recuerdo del nieto que nunca tuvo y tanto ansiaba. Tarareando la canción de cuna, en voz queda, se quedó muy pronto dormida.

